

Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente

Repositorio Institucional del ITESO

rei.iteso.mx

Publicaciones ITESO

PI - Revista Renglones

1988-08

Una pretensión desmedida, pero necesaria

Luna-Cortés, Carlos E.

Luna-Cortés, C. E. (1988). "Una pretensión desmedida, pero necesaria" En Renglones, revista del ITESO, núm.11. Tlaquepaque, Jalisco: ITESO

Enlace directo al documento: <http://hdl.handle.net/11117/1835>

Este documento obtenido del Repositorio Institucional del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente se pone a disposición general bajo los términos y condiciones de la siguiente licencia:
<http://quijote.biblio.iteso.mx/licencias/CC-BY-NC-2.5-MX.pdf>

(El documento empieza en la siguiente página)

UNA PRETENSION

DESMEDIDA,

PERO NECESARIA

Carlos E. Luna C.*

Entre el campo intelectual y el conocimiento ordinario

Dedicar un número de la revista *Renglones* al problema de la cultura puede parecer una pretensión desmedida. En algún sentido, lo es.

Desde el campo intelectual, es decir, desde las redes de conocimiento que se tejen, no sin conflicto, entre los sujetos y las instituciones que tienen, a partir de la división social del trabajo, la tarea de producir sistemáticamente intelecciones teóricas sobre eso que llamamos "realidad", el término "cultura" acaba nombrando, contradictoriamente, todo.

Cada rama del saber, cada enfoque epistemológico, cada tradición científica o escuela de pensamiento en las ciencias sociales y del hombre, ha hecho su particular contribución. Antropólogos, sociólogos, filósofos, educólogos, comunicólogos y demás trabajadores del "logos" sostienen, con mayor o menor erudición, fundamentación y coherencia su versión de lo cultural, a partir de diversos *epistemes*, marcos teóricos, escalas de análisis y demás recursos de conocimiento con que se percibe el trabajo intelectual.

A pesar de la importancia que el problema ha cobrado como asunto central en las ciencias sociales y del hombre; a pesar de las significativas aportaciones en este campo y de los grandes esfuerzos de investigación y de elaboración teórica, la cultura como concepto sigue resistiéndose a precisar consensualmente sus referentes y a adquirir, en consecuencia, un estatuto paradigmático.

Desde el otro lado del saber, aquél que fundamenta y articula el uso cotidiano del lenguaje y el sentido común, lo cultural sigue operando, irreducible a las precisiones y rigores del saber científico, las connotaciones y denotaciones normativas, discriminatorias y valoralmente socio y etnocéntricas: cultura es el producto del refinamiento del espíritu. Cultura es la pintura de los maestros impresionistas, el balet clásico, la música de Mozart, la his-

toria como erudición, etc., etc. Desde esta percepción, hombre culto es aquél que tiene relación directa con estos productos, que es capaz de discutir con soltura en estos ámbitos del saber y de fruir estéticamente estos refinamientos. Lo inculto es lo otro, lo que se aparta de la norma legitimada, aquello que no tiene cabida en las catalogaciones museográficas, en los textos de historia del arte o en los currícula de humanidades.

Entre las heterogeneidades y dispersión del campo intelectual y la persistencia del sentido común, la noción de cultura se mantiene, como promesa de clave analítica central y como recurso práctico de valoración y reconocimiento.



Algunas definiciones

De manera breve y esquemática y sin el afán de ser exhaustivos ni de rigor analítico, se presentan enseguida algunas definiciones y enfoques sobre la cultura que constituyen ya referentes obligados en toda relatoría del concepto. Se trata simplemente de ofrecer una pequeña muestra que ejemplifica la diversidad de enfoques y perspectivas y que permite, por otro lado, una identificación inicial del campo semántico asociado al término.¹

En 1871, el antropólogo inglés Edward Burnet Tylor publicó su obra *Primitive Culture*. En ella la cultura es definida como el "conjunto complejo que incluye el conocimiento, las creencias, la moral, las costumbres y cualquier otra capacidad o hábito adquiridos por el hombre en cuanto miembro de la sociedad".²

* Licenciado en Ciencias de la Comunicación por el ITESO, maestro en Comunicación por la UIA. Director de la Maestría en Comunicación.

El trabajo de Tylor constituye un primer intento sistemático por conceptualizar e investigar empíricamente la cultura desde un punto de vista "científico". En contraposición con las nociones ordinarias de la época, Tylor propone una concepción totalizante de la cultura, lo cual tiene una implicación fundamental: la cultura es un hecho universal, es decir, todos los pueblos, a su modo y en distintos estadios evolutivos, son cultos. El relativismo resultante viene a operar una ruptura radical con las concepciones etnocéntricas —entiéndase eurocéntricas— de la cultura.

La obra de Tylor establece las bases de lo que se conoce como la tradición antropológica anglosajona. Dentro de esta tradición surge en la década de los 30 la escuela "culturalista", la cual privilegia, dentro de la concepción totalizante de Tylor, el carácter normativo de la cultura. Para esta escuela la cultura es "todos los esquemas de vida producidos históricamente, explícitos o implícitos; racionales, irracionales o no racionales, que existen en un determinado momento como guías potenciales del comportamiento humano."³

En un intento por establecer las invariantes universales de la cultura y con base en una amplísima labor de observación etnográfica, Claude Lévi-Strauss incorpora a la antropología cultural las aportaciones de la lingüística estructural. El filósofo y etnólogo belga de origen judío descubre en el lenguaje no sólo un instrumento privilegiado para la adquisición de la cultura de un grupo, sino la estructura básica de su constitución: "El lenguaje aparece también como condición de la cultura en la medida en que ésta posee una arquitectura similar a la del lenguaje. Una y otra se edifican por medio de oposiciones y correlaciones, es decir, de relaciones lógicas. De tal manera que el lenguaje puede ser considerado como los cimientos destinados a recibir las estructuras que corresponden a la cultura en sus distintos aspectos, estructuras más complejas a veces, pero del mismo tipo que las del lenguaje."⁴

De esta forma, la cultura en su conjunto se nos presenta esencialmente como una estructura simbólica que regula el sistema complejo del comportamiento humano.

Dentro de la tradición del marxismo, tal vez quien más ha contribuido a la comprensión de la cultura es Antonio Gramsci. A pesar de la fragmen-

tación de su producción teórica, Gramsci ofrece algunas de las claves para pensar las relaciones entre la cultura y la sociedad, desde una perspectiva práctica.

Para el revolucionario italiano, muerto después de diez años de prisión en los momentos de la consolidación del fascismo en Europa, "la cultura se homologa a la ideología entendida, en su acepción más extensiva, como visión del mundo (...) interiorizada colectivamente como religión o fe, es decir, como norma práctica o premisa teórica implícita de toda actividad social."⁵

Superando los reduccionismos y economicismos de ciertos marxismos, la cultura, entendida así, constituye un aspecto fundamental de las relaciones sociales de clase. Ella es la materia prima sobre la cual se construye la hegemonía, modalidad del poder que descansa en la dirección moral y política de la sociedad. En este sentido, la cultura es uno de los terrenos donde se fragua la dominación, pero también un espacio privilegiado de lucha por la liberación y la transformación social.

Con base en un sólido trabajo de revisión documental y análisis crítico de las diversas maneras como ha sido trabajado el problema de la cultura en las ciencias sociales, Gilberto Giménez logra una elaboración que recoge con coherencia lo mejor de las aportaciones y que expone adoptando la fórmula "concepción semiótica de la cultura".



"LA CULTURA CONSIDERADA COMO HECHO SIMBOLICO, SE DEFINE COMO UNA CONFIGURACION ESPECIFICA DE REGLAS, NORMAS Y SIGNIFICADOS SOCIALES CONSTITUTIVOS DE IDENTIDADES Y ALTERIDADES. OBJETIVAS EN FORMA DE INSTITUCIONES Y DE HABITUS, CONSERVADOS Y RECONSTRUIDOS A TRAVES DEL TIEMPO EN FORMA DE MEMORIA COLECTIVA, ACTUALIZADOS EN FORMA DE PRACTICAS SIMBOLICAS PUNTUALES, Y DINAMIZADOS POR LA ESTRUCTURA DE CLASES Y LAS RELACIONES DE PODER" (Gilberto Gimenez)

Para Giménez, la especificidad de la cultura radica precisamente en su carácter signico o simbólico: "La cultura podría definirse (...) como el proceso de continua producción, actualización y transformación de modelos simbólicos (en su doble acepción de representación y de orientación para el comportamiento) en la práctica individual y colectiva, a partir de un capital simbólico socialmente poseído e individualmente incorporado."⁶

En la expansión del concepto, Giménez encuentra un apoyo sustancial en la teoría de la práctica desarrollada por P. Bourdieu. En sus propias palabras: "Este autor nos ofrece un modelo secuencial según el cual el capital simbólico institucionalmente objetivado se interioriza en forma de *habitus* y se actualiza, por mediación de éste último, en las prácticas. Este modelo nos parece apropiado para describir el proceso cultural en el sentido arriba definido."⁷

De este modo, la cultura aparece objetivada en las instituciones sociales como productoras y reproductoras del capital simbólico, en el *habitus* como "sistema subjetivo, pero no individual, de estructuras interiorizadas que son esquemas de percepción, de concepción y de acción", en la propia definición de Bourdieu,⁸ y en las prácticas simbólicas derivadas del *habitus*.

Cultura, Universidad y práctica social

Un aspecto importante que conviene subrayar en esta reflexión sobre la cultura es el relativo a su eficacia práctica. Con mayor o menor grado de explicitación, la cultura, tanto en sus acepciones antropológicas, como en las sociológicas y semióticas, es reconocida como un factor de integración y como disposición para la acción social. Es decir, la cultura ofrece modos de entender, de representar y de valorar la realidad sobre los cuales se construyen las identidades y alteridades colectivas y se dota de sentido a las prácticas sociales. En esta perspectiva, la cultura no es una mera adjetivación, sino parte constitutiva y constituyente de la realidad.

A partir de este supuesto es posible redimensionar el sentido de la Universidad en tanto una de las instituciones culturales por excelencia.

El común denominador de las funciones sociales de la institución universitaria (investigación, docencia y difusión, en su fórmula clásica), no es otro que el proceso sistemático de producción y reproducción cultural. Como espacio de investigación, la Universidad contribuye a la expansión y exploración del sentido mismo de la realidad. Las aportaciones en esta dirección vienen a enriquecer el capital cultural acumulado ahí donde este capital se

nos presenta como conocimiento original, es decir, como nuevas maneras de objetivación de lo real, cada vez más amplias y comprensivas.

En su dimensión práctica, el conocimiento original, al ofrecer nuevos modos de entender, está directa o indirectamente, fundando vectores de acción consistentes con los modelos de intelección producidos. En esta dimensión, el quehacer universitario es necesariamente una actividad valoral, desde la opción básica que funda las preguntas en función de las implicaciones prácticas previsibles, conciente o inconcientemente, de las respuestas producidas.



En su función de docencia y difusión, la Universidad es, por excelencia, el espacio social especializado para la producción y reproducción de un capital cultural altamente legitimado. Aunque con un peso específico menor que otras instancias de socialización, el proceso de interpelación a que se ven sometidos quienes, durante cuatro o cinco años, transcurren por las aulas universitarias, es una de las formas estructurantes del *habitus*, por lo menos dentro de ciertos sectores sociales en cuya actividad socioprofesional descansa, en buena medida la gestión política y técnica de la sociedad.

Sin asignar a la Universidad un papel protagónico en el proceso cultural de la sociedad, debe reconocerse en ésta, por la legitimidad social históricamente adquirida, una instancia de primer orden en la conformación de la dimensión signica de la realidad.

Una pretensión desmedida, pero necesaria

Pensar la cultura desde la Universidad es una manera de reflexionar sobre la propia identidad. A pesar de las dificultades teóricas y metodológicas que plantea el concepto mismo, o tal vez precisamente por eso, su discusión, su puesta en diálogo, su interacción, son tareas indeludibles.

Los artículos reunidos en este número constituyen un intento en esa dirección. Sus enfoques, escalas de análisis y vinculaciones con distintos ámbitos de la realidad social, muestran y confirman tanto la ubicuidad de lo cultural, como la diversidad de su conceptualización y perspectivas analíticas.

Efraín González Morfín recoge los aspectos centrales de la significación social del derecho. Más que una discusión erudita sobre el derecho como cultura, plantea y expone con su claridad reconocida y preocupación ética los contenidos básicos que deben dar sentido a la relación entre los hombres.

En una amplia y fina reseña sobre el texto *De los medios a las mediaciones* de Jesús Martín Barbero, Raúl Fuentes ofrece una lectura de la obra que rescata lo que, sin duda, es una de las más acabadas propuestas para pensar la comunicación desde la cultura. El trabajo de reconstrucción del texto resulta en una persuasiva invitación al estudio de la obra de uno de los pensadores más lúcidos de América Latina.

A contrapunto, María de la Paz Silva recoge los planteamientos de la monumental obra de W. Jaeger, *Paideia*, para develar desde el pensamiento griego clásico algunas claves muy sugerentes para la comprensión de la naturaleza y los procesos de la cultura.

Francisco Guerrero recoge y sistematiza, desde el análisis sociológico no desvinculado de la propia experiencia de relación con el medio rural, los aspectos básicos de la cultura campesina, en el contexto de los procesos de migración y acelerada transformación de la sociedad mexicana.

Por último, María Julia González ofrece un ensayo en que reporta los avances de una investigación que realiza el Departamento de Ciencias Sociales del ITESO, sobre la organización de los grupos migrantes en su relación con el uso del espacio suburbano. El artículo presenta algunos de los factores culturales que explican los fenómenos sociales asociados al uso del terreno en una colonia de la periferia de Guadalajara.

Referencias

1. Un excelente trabajo de sistematización y de propuesta crítica puede encontrarse en: GIMENEZ, Gilberto. *La problemática de la cultura en las ciencias sociales*. Programa nacional de formación de profesores universitarios en ciencias sociales. SEP-Universidad de Guadalajara-COMECSO, s/f. De esta obra se recogen algunos elementos que articulan la conceptualización que sigue.
2. LIENHARDT, Godfrey. "Edward Tylor (1832-1917)" en Raison, Timothy. *Los padres fundadores de la ciencia social*. Anagrama. Barcelona, 1970.
3. GIMENEZ, Op. cit.
4. LEVI-STRAUSS, en Zavala, Iván. *Lévi-Strauss*. Edicol. México, 1977.
5. GIMENEZ, Op. cit.
6. Ibidem.
7. Ibid.
8. En GIMENEZ, Op. cit.



"TODA LA VARIEDAD DE LAS DEMARCACIONES EXISTENTES ENTRE LA CULTURA Y LA NO CULTURA SE REDUCE EN ESCENCIA A ESTO, QUE SOBRE EL FONDO DE LA NO CULTURA, LA CULTURA INTERVIENE COMO UN SISTEMA SIGNOS".
(J.M. Lotman)